
EL CASTILLO EN LA LITERATURA

Joaquín Rubio Tovar

Universidad de Alcalá

No es extraño que don Quijote de la Mancha convierta, en su primer encuentro con la realidad, una venta en castillo. Probablemente, el héroe de Cervantes no podía haber recurrido a ningún símbolo más característico del mundo que deseaba resucitar. El castillo representa como pocos a la Edad Media. Sin duda, a don Quijote no le haría falta haber visto ninguno, pues aparecen descritos en los libros de caballerías. Pero no sería tampoco extraño que hubiera visto algunos: el de Almonacid, Mora, Consuegra, Calatrava o Belmonte. Lo que nos interesa en cualquier caso es que transforma la realidad y convierte una humilde venta en castillo:

«(...) luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan.» (I,2)

Puesto que vamos a hablar de literatura y de sus poderes para transformar la realidad, conviene que hagamos algunas precisiones. No bastarían las páginas de este libro para hacer un inventario de todos los castillos que aparecen en la literatura medieval. Son muchos los textos que ofrecen noticias interesantes que nos ayudan a conocer lo que suponen los castillos en la Edad Media y que ofrecen valiosa información de cómo transcurría en ellos la vida cotidiana, cómo se celebraban las fiestas, las formas de atacarlos y defenderlos... La *Chanson de la croisade albigeoise* describe con precisión el uso de una *gata*, aquel formidable artillugio en cuyo interior se cobijaban centenares de guerreros y que podía acercarse con pocos riesgos a los muros del castillo. Lo mismo contaba el cronista Joinville en su *Historia de San Luis* en la que relata cómo Luis IX mandó construir en el sitio de Damietta dos atalayas de las llamadas *gatas - castillos*. La *Estoria de España* de Alfonso X y, en general, las

crónicas medievales recogen numerosos hechos de armas relacionados con los castillos y es también de enorme interés la información que nos ofrecen los textos épicos, como las estratagemas del Cid para conquistar castillos a los árabes y los procedimientos seguidos para asaltarlos. Y todo ello sin olvidar los interesantes capítulos de la *Partida* segunda o algunas páginas del *Libro de los Estados* de don Juan Manuel. Desde el *Poema de Mío Cid* hasta los castillos alegóricos que aparecen mencionados en las *Coplas a la muerte de su padre* de Manrique, la nómina resultaría inacabable. Pero debemos recordar que cuando nos referimos a castillos que aparecen en los textos medievales no hablamos de los mismos castillos que vemos, medio derruidos, jalonando caminos y carreteras. Cuando un objeto de la realidad se adentra en un texto literario se convierte inevitablemente en literatura. No hablamos de maticanes, torres del homenaje y fosos de un castillo real, sino de un espacio literario en el que tienen lugar hechos importantes para el desarrollo de la trama, de espacios maravillosos del más allá que a veces tienen forma de castillo, hablamos de la alegórica fortaleza del amor o de la voluntad de un enamorado transformada, gracias a la alegoría, en un castillo cuyas murallas salvan los ojos de una dama... Es evidente que esta trama literaria no se limita al espacio físico que podemos ver en un cerro.

El castillo ha sido considerado siempre como uno de los monumentos más característicos de la Edad Media. Su importancia militar es indiscutible y está demostrada también su trascendencia política y social. Pero su estudio no debe ser abordado por una única disciplina. Historiadores, arqueólogos y estudiosos de la literatura no deberían ignorarse tal y como ha sucedido muchas veces. Los arqueólogos nos han permitido entender aspectos esenciales de la construcción,

disposición y estructura de los castillos y todo cuanto viene aparejado a estos saberes. Los historiadores han exhumado documentos esenciales, y han relacionado los castillos con la sociedad que los construyó y han estudiado la historia política y militar de las familias que poseyeron aquellas moles sin perder de vista el lugar y el paisaje que los rodeaba: caminos, iglesias, pueblos, terrenos cultivados o incultos, etc.

Sin embargo, un castillo es también su representación en cuadros y miniaturas y su descripción en obras literarias. Algunos estudios llevados a cabo en las últimas décadas han puesto de relieve que la necesidad de estudiar las imágenes que el hombre medieval se formó de sí mismo y de cuanto le rodeaba: la muerte, el sueño, el más allá, la historia, la fortuna, etc. y otras que tanto la sociedad como el individuo fueron creando. No se trata sólo de las imágenes expresadas en la literatura o el arte, sino también, como señala Le

Goff, del universo de las imágenes mentales que se crean y transforman en el curso de la historia. El castillo, por ejemplo, no fue sólo un baluarte, una construcción militar. Al entrar en la literatura, la imagen del castillo sufrió todo tipo de transformaciones y pasó a representar múltiples cosas.

El hombre medieval construyó los castillos, pero éstos también contribuyeron a crear muchas imágenes que trascienden el mundo puramente bélico.

No es extraño que la realidad omnipresente del castillo pasara a instalarse en otros órdenes de la vida y la cultura y se convirtiera en instrumento de otras manifestaciones. Incontables son las miniaturas de manuscritos que se sirven de la imagen del castillo. En la biblioteca de Karlsruhe se conserva una primorosa copia del *Breviculum* que contiene preciosas miniaturas con representaciones alegóricas de la doctrina de Ramón Llull: desde la escalera apoyada en la torre de la Fe y de la Verdad y cuyos peldaños son el camino para alcanzar el conocimiento del Alma racional, hasta el cortejo militar encabezado por Aristóteles y Averroes, quienes montados sobre los caballos «Raciocionio» e «Imaginación», se disponen a atacar el castillo de la Falsedad. Numerosas son también las miniaturas que adornan los manuscritos de textos construidos a partir de una alegoría como el *Roman de la Rose* en el que se pinta a Venus incendiando el castillo de los celos...

No sería difícil establecer una tipología de los castillos que pueblan los textos literarios. Pero mi propósito es más modesto. Tan sólo pretendo señalar algunas clases de castillos que podemos encontrar en obras literarias medievales.

La fortaleza amorosa

Una de las alegorías más sugestivas en la Edad media es el castillo de amor. Entre las más célebres, si bien su contenido es sagrado y no profano, figura *Chateau d'Amour* de Robert de Grosseteste. El castillo simboliza el cuerpo de la Virgen María, está pintado de varios colores y se levanta sobre una elevada roca. En una de sus torres hay una fuente con cuatro corrientes que recuerdan, sin ningún género de dudas, a los

Alegoría de la doctrina de Llull. La escalera con las respuestas se apoya en la torre de la Fe y la Verdad. Miniatura del "Breviculum" en un manuscrito de comienzos del siglo XIV. Biblioteca Karlsruhe, Alemania





Venus incendiando la fortaleza de los celos. Miniatura de "Roman de la Rose". Biblioteca Bodleyana, Oxford.

cuatro ríos del Paraíso terrenal y no resulta difícil descubrir en las cuatro torres las cuatro virtudes cardinales. Se funden en este extraordinario castillo escenas del otro mundo junto con fuentes de carácter alegórico.

Los ejemplos de cárceles, castillos o torres del amor son abundantes en los textos literarios medievales y bastaría con recordar aquí *Cárcel de amor*, la ficción sentimental de Diego de San Pedro. En la poesía amorosa se relacionaron la firmeza y las dificultades del amor con las dificultades que presentaba el asalto a una fortaleza que no se rinde. Es frecuente el uso de la alegoría para expresar con ella algunos estados o procesos del amor. Dos poemas amorosos de Jorge Manrique nos servirán para ilustrar estos extremos. Uno es *Castillo d'amor* en el que se aprovechan los términos militares para describir la fortaleza de amor -que debe entenderse como ciudadela y como virtud-. Este peculiar castillo, como tan bien explicó Pedro Salinas, «está abundantemente provisto de bastimentos sentimentales», pues el castillo:

(...) "Tiene muchas provisiones que son cuidados y males y dolores, angustias, fuertes pasiones y penas muy desiguales y temores, que non pueden fallescer aunque estuviere cercado dos mil años (...)"

(...) "La fortaleza nombrada está'n los altos alcoves d'una cuesta sobre una peña tajada, maçiça toda d'amores, muy bien puesta; (...)"

A lo largo del poema se desarrolla una estrecha correspondencia entre el amor y las distintas partes del castillo:

«El muro tiene d'amor, las almenas de lealtad,



**Los cinco libros del effaçado e inuencible cauallero
Tirante el blanco de roca salada: Cauallero de la Bar-
rrotera. El qual por su alma caualleria alcãço a ser por
cipe e cesar del imperio de grecia.**

Portada xilográfica
de la edición
castellana de "Tirante
el Blanco".
Valladolid, 1511.

la barrera
qual nunca tuvo amador,
ni menos la voluntad
de tal manera (...)

Las cavas están cavadas
en medio d'un coraçon
muy leal,
y después todas chapadas
de servicios y afición
muy desigual
d'una fe firme la puente
levadiza, con cadena
de razón (...)

Las ventanas son muy bellas,
y son de la condición
que dirá aquí:
que no pueda mirar d'ellas
sin ver a vos en visión
delante mí (...)

En la torre d'homenaje
está puesto toda hora
un estandarte
que muestra, por vasallaje,
el nombre de su señora
a cada parte;

El enamorado no entregará a nadie el castillo
por más asaltos que sufra:

A tal postura vos salgo
con muy firme juramento
y fuerte jura,
como vasallo hidalgo
que por pesar ni tormento
ni tristura
a otro no lo entregar (...)

Y lo mismo puede decirse del poema *Escala
d'amor*. La belleza de la amada asalta por sorpresa
la voluntad del poeta que ve como escalan su
muro

Estando triste, seguro
mi voluntad reposaua,
quando escalaron el muro
do mi libertad estaua.
A'scala vista subieron
vuestra beldad y mesura,
y tan de rezio hirieron,
que vencieron mi cordura.

Luego todos mis sentidos
huyeron a lo más fuerte,
mas iban ya mal heridos
con sendas llagas de muerte (...)

Después que ovieron entrado
aquestos escaladores
abrieron el mi costado
y entraron vuestros amores;
y mi firmeza tomaron,
y mi corazón prendieron,
y mis sentidos robaron,
y a mi solo no quisieron.

Junto a estos ejemplos de la lírica de Manrique
podrían enumerarse numerosos ejemplos de la
poesía de los cancioneros españoles. En el *Can-
cionero de Estúñiga* (poema n° 64) encontramos un

poema de Juan de Tapia en el que el poeta confiesa que habría hecho una torre con sus lágrimas. De nuevo asistimos a una estrecha correspondencia entre las partes del castillo y la expresión del dolor:

De sospiros la muralla,
 los cantones et cimientos
 de mis tristes pensamientos,
 de mis lágrimas sin falla,
 et si non ayudáis a nos,
 donzella, pues Dios non acorre,
 yo acabaré la torre
 de mis lágrimas por vos.

Inspirado en la poesía de cancioneros parece un célebre pasaje de *Tirant lo Blanch*. El título del capítulo XXXV del libro quinto se intitula «Cómo Tirante venció la batalla y por fuerza de armas entró el castillo». Se trata de un caso extremo del combate amoroso. El castillo no es otro que Carmesina, que ve acercarse a Tirant dispuesto a poseerla. No es difícil imaginar a la doncella retrocediendo ante el caballero y advirtiéndole que: «(...) los combates de amor no con fuerza mas con mañosos halagos y dulces ingenios se alcançan (...) No penséis que esto sea batalla contra infieles; no queráis vencer la que está vencida de vuestro amor.» Finalmente leemos que «en poca de ora venció la deleytosa batalla, y la Princesa rindió las armas...»

Como decía Salinas «(...) si amar es una lucha, una pelea, incesante, no podrían darse más congruentes imágenes que las del castillo y el escalamiento.»

Del mismo universo de la alegoría surge también otra clase de castillos como el que encontraremos en la elegía que escribió Gómez Manrique a la muerte del marqués de Santillana. Como en tantas visiones alegóricas medievales, leemos que un accidente hace que el poeta pierda el camino (o sea trasladado a otro mundo) y se vea de pronto en tierra extraña. En este caso, el poeta aparece en un valle agreste, lleno de roquedas y espinos y poblado de alimañas. Se trata de una tierra «más espantable / que la Libia inhabitable» y en ella se yergue un castillo cuyos muros «no blanqueaban». Al describir su asiento nos dice que:



El sitio de Orleans por el Conde de Salisbury en 1428.

Miniatura de las "Vigilias de Carlos VII" de Marcial de París, llamado de Auvernia, hacia 1484.

Biblioteca Nacional, París.

«su fragoso fundamento bien manifiesto hacía haber sido su cimiento un triste recogimiento para los sin alegría».

En su interior no descubre «doses brocados» ni «alfombras de Turquía», ni tañedores o bellas damas. Se trata del castillo del dolor en el que escucharemos los lamentos de personajes alegóricos y reales.

Los castillos del otro mundo

Hemos comenzado citando a don Quijote al principio de estas líneas y conviene recordar unas palabras del héroe cervantino. En un pasaje célebre intenta convencer al canónigo de que los libros de caballerías no pueden ser mentira pues están impresos con licencia de los reyes y gozan de la aprobación de todo género de personas y le recuerda el contento que sentiría si ante ellos surgiera una voz de un lago lleno de monstruos, una voz que le invitase a sumergirse en las profundidades. Allí, en el fondo, continúa don

Quijote: «se le descubre un fuerte castillo o vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura. Y ¿hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas (...)» (I, 50)

Portada xilográfica de
"El caballero Zifar".
Sevilla, 1512.

Me interesa subrayar esta descripción de don Quijote, que contiene todos los tópicos a los que

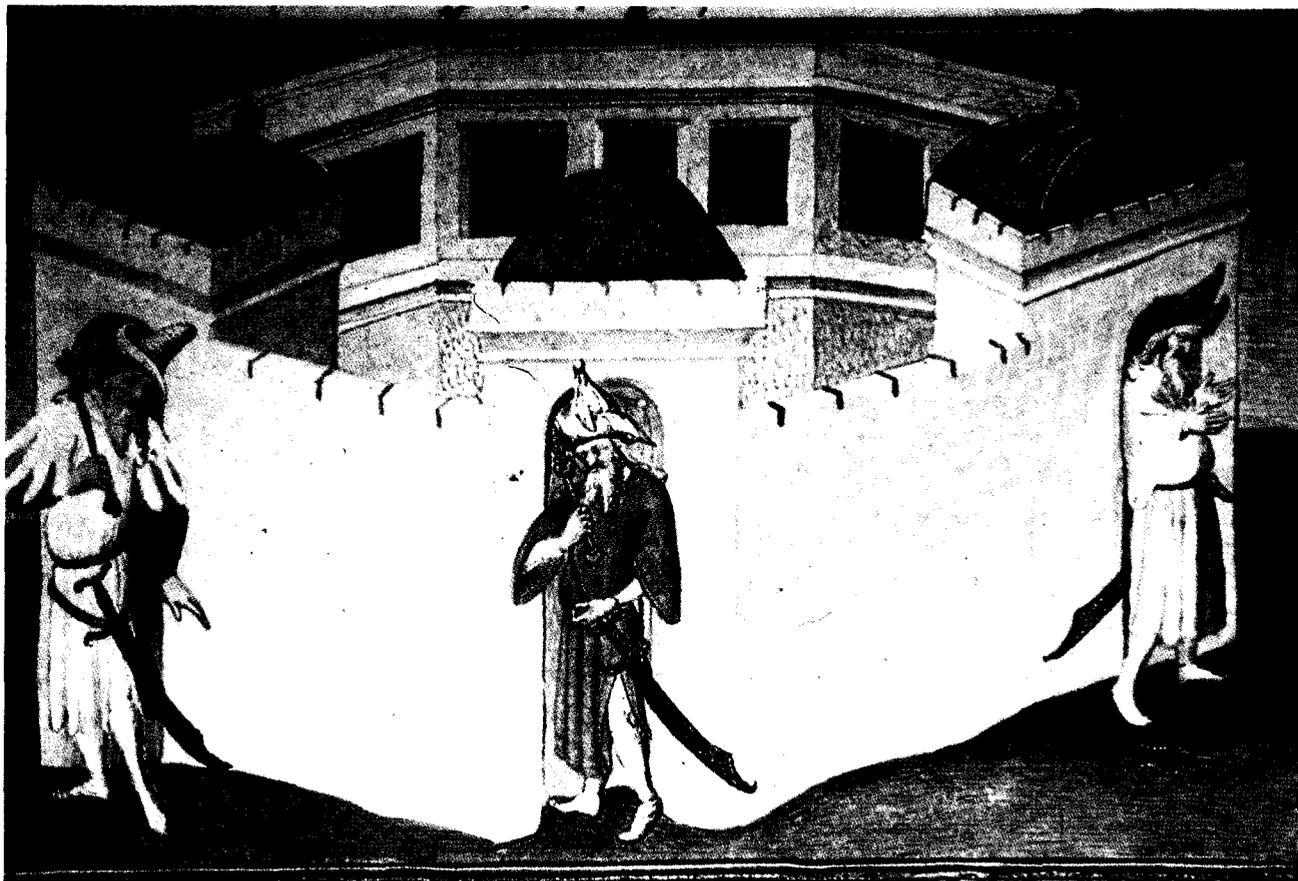
recurrían los escritores medievales a la hora de describir ciertos castillos.

Cualquier lector aficionado a la literatura medieval se habrá encontrado en más de una ocasión con castillos maravillosos, en los que destaca sobremedera el lujo de su construcción. Sobresale en ellos el oro de las almenas, las murallas construidas con piedras preciosas, maravillosas pinturas en sus paredes... En algunos casos, estas descripciones proceden de las fabulosas y en algún caso inventadas y exageradas descripciones que hicieron los viajeros medievales del mundo asiático. En pocos relatos como en los de los viajeros, que se adentraban en tierras desconocidas y pobladas de leyendas, se encontrará la fascinación que producía el otro mundo. Y la mejor manera de expresarlo eran las descripciones fabulosas. Entre los monumentos que más llamaron la atención de los viajeros destaca el palacio que Kublai khan, emperador de los tártaros, se hizo construir en Pekín en torno a 1265 y a cuya descripción dedicó Marco Polo un extenso capítulo de su libro. Las murallas eran de mármol y los muros de las salas estaban cubiertos de plata y de oro y aparecían representadas hermosas historias de damas y de caballeros. Junto a la suntuosidad y el lujo destacaba Marco Polo la inmensa capacidad de las salas, en las que podrían comer más de seis mil hombres al mismo tiempo. Los techos de las habitaciones resplandecían como cristal... Esta descripción y otras muchas de parecido jaez aparecen después en los *romans* franceses, hasta el punto de que se acuñó la expresión *palais luisant*. Pero si el relato de Marco Polo respondía más o menos a un viaje real, otro género, el de los viajes imaginarios aprovechó y exageró las fantasías y el lujo de la lejana Asia y fomentó las descripciones fabulosas. Un buen ejemplo de este género es la *Peregrinación de Carlomagno a Constantinopla*. Podemos leer en esta obra una descripción del palacio imperial de Constantinopla que, tanto por los aspectos arquitectónicos (salas enormes en las que caben miles de comensales: 30000 cabían según la mítica *Carta del preste Juan*) como por los elementos decorativos recuerda a las de los viajeros en Karakorum y en Pekín... Pues bien, todos esos elementos fabulosos fueron aprovechados después por los escritores medievales para sus monumentos y castillos imaginarios.

El profesor Harold Patch estudió en un libro extraordinario las características del otro mun-



Cronica del muy esforçado y esclarecido cauallero Zifar nucia mente impresa. En la qual se cuentan sus famosos fechos de caualleria. Por los qñes e por sus muchas e buenas virtudes vino a ser rey del reyno de Libenton. Assim mesmo cuenta esta historia e condice muchas e catholicas doctrinas e buenos enreptos: assi para caualleros como para las otras personas de qualquier estado. Y esto mesmo se cuentan los señalados fechos en caualleria de Garfin e Roboan hijos del cauallero Zifar. En especial se cuenta la persona de Roboan el qual fue tal caualero que vino a ser emperador del imperio de Libria.



Et deuse du palais du grant hanan.
Adieu que le grant hanan deuse en la maine cite de

do en la literatura medieval. Se refiere en él a «esa otra parte de la realidad» que está separada de nosotros por una corriente de agua o que se encuentra en islas, bajo un lago; se refiere también a lugares difícilmente accesibles o cuyo acceso sólo está reservado a unos pocos: desde el purgatorio de San Patricio y los viajes al otro mundo, hasta lugares ignotos del bosque en el que habitan criaturas maravillosas.

En el otro mundo no escasean los castillos maravillosos. Suelen ser castillos brillantes (se indica a menudo que están hechos de cristal). En su periplo al paraíso San Amaro encuentra uno que según su testimonio relumbraba como el sol:

«(...)Era muy grande a maravilla que parecía que podría aver en derredor dél una grand jornada. E los andamios eran muy altos e las

torres muy espesas e muchas e las almenas eran todas de oro fino e las torres de rubís e de piedras muy preciosas e la cerca era otrosí de muchas naturas, las unas verdes, las otras jaldas, otras indias, otras blancas, otras bermejas, otras prietas, otras azules, otras çafires, otras esmeraldas e otras muchas que ombre no podría contar. E en este castillo estavan quatro torres caudales, e de cada una dellas salían sendos ríos caudales muy grandes.»

Amaro desea entrar pero el portero se lo impide porque ha llegado ante las puertas del paraíso terrenal y tan sólo se le permite contemplar la belleza del prado -un perfecto *locus amoenus*- lleno de árboles entre los que destaca el árbol del bien y del mal cuyo fruto comieron Adán y Eva.

Por lo demás, el castillo puede estar habitado por una misteriosa corte como en el caso de

Palacio del Gran Kan en Cambaluc, Pekin. Miniatura del manuscrito del siglo XV del "Libro de las Maravillas". Biblioteca Nacional, París.

Perceval o El cuento del Grial de Chrétien de Troyes, o sólo por mujeres, como sucede en el país de las doncellas y no es raro que el castillo esté vacío. Éste es el caso del misterioso castillo que encuentran los viajeros que acompañan a San Brandán en su periplo. Los viajeros llegan a una tierra de altos acantilados y después de tres días de búsqueda encuentran un puerto. Una vez que amarran la nave siguen un camino:

«que les lleva a buen lugar: conduce derecho a un castillo, tan grande, tan hermoso y lleno de riquezas, que parecía residencia real o riquísimo feudo de algún emperador.

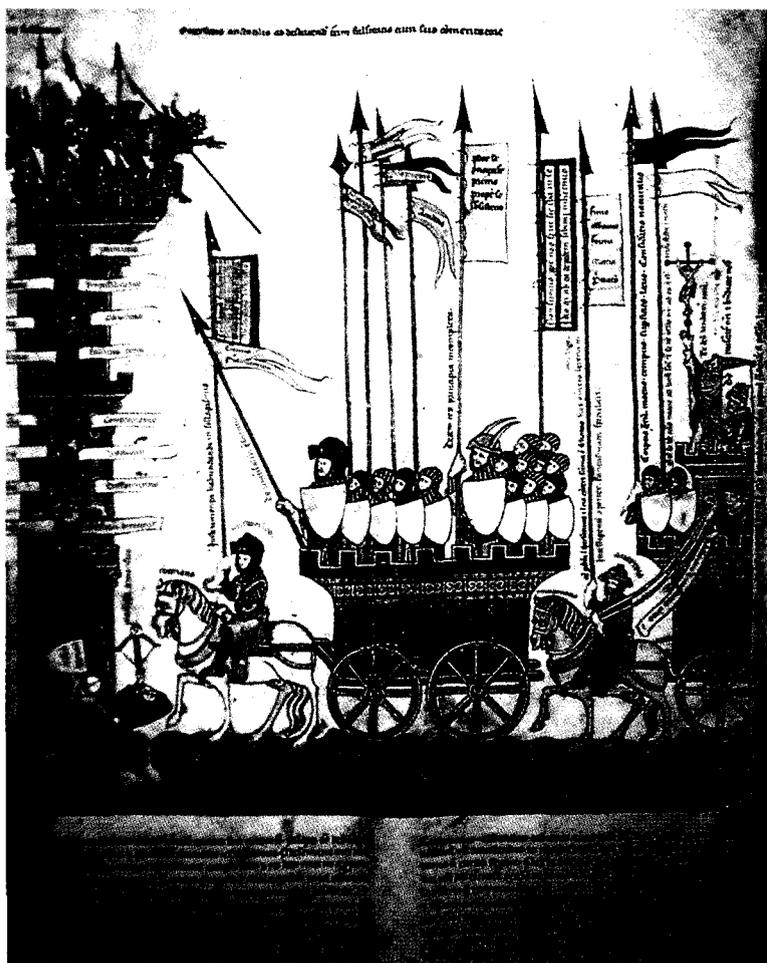
Al penetrar dentro de las murallas, todas talladas en duro cristal, ven un palacio, cuyas mansiones estaban todas edificadas con mármol; ninguna estaba hecha de vulgar madera.

Deslumbrados quedaron por las piedras preciosas, engastadas con oro en las paredes(...)

Aristóteles y Averroes con sus tropas atacan la torre de la Falsedad.

Miniatura del "Breviculum" en un manuscrito de comienzos del siglo XIV.

Biblioteca Karlsruhe, Alemania.



El castillo resulta estar deshabitado pero encuentran llenas sus despensas: «(...) hallaron lo que más les apetecía, es decir, provisiones de viandas y gran abundancia de bebidas, servidas en vajilla de oro y plata, preciosa toda ella y muy valiosa.»

En *El conde Partinuplés* leemos que en el castillo de Cabezadoyre las viandas llegan misteriosamente al lugar donde está sentado el comensal. Por lo demás, es corriente que los accesos a estos castillos sean difíciles, pues están en lugares apartados, como el palacio de Laudine en *Yvain* de Chrétien de Troyes. Castillos asombrosos son también el de Tintagel en la leyenda de Tristán, construido por gigantes y que tiene la facultad de desaparecer dos veces al año. También interesa recordar la descripción extraordinaria del castillo de Babilonia, descrito en *Flores y Blancaflor*, cuya suntuosidad y grandeza, así como algunos detalles de su decoración, tienen un aire claramente oriental.

Entre los castillos de maravilla del otro mundo recordaremos finalmente algunos giratorios, como el que se describe en el *Viaje de Maeldúin* o en *La peregrinación de Carlomagno*. Se nos muestra en este relato de un viaje imaginario un castillo adornado con extraordinario lujo: sus mesas y sillas eran de oro y sus techos estaban decorados por imágenes de bestias y serpientes y las ventanas eran de fino cristal. Pero lo más sorprendente es que cuando el castillo del rey Hugo era golpeado por el viento del norte o el noroeste, giraba alrededor de sí mismo y producía un ruido semejante al del trueno. Estas descripciones pasaron a formar parte también de las novelas medievales. Un buen ejemplo de ello lo encontraremos en el *Libro del caballero Zifar*. Una hermosa joven emerge de un lago, y revela su amor a un caballero que está en la orilla y lo sumerge con ella en las profundidades. En el fondo del lago hay un maravilloso reino en el que aparece un palacio: «E entraron a la çibdad e fuéronse por los palacios do morava aquella dueña, que eran muy grandes e muy fermosos; e así pareçieron a aquel caballero tan noblemente obrados, que bien le semejaba que en todo el mundo non podían ser mejores palacios nin más nobles que mejor obrados que aquellos, ca ençima de las coberturas de las casas pareçía que avía robís e esmeraldas e çafires todos fechos a una talla, tan grandes como la cabeça del ome, en manera que de noche así alunbrava todas las

cosas, que non avía cámara nin lugar por apartado de fuese que tan alunbroso non estudiase como si fuese todo lleño de candelas.»

Lugar aparte merecen los sorprendentes castillos descritos en la literatura arturiana, como el magnífico castillo de la Roca de Chanpguín que mandó edificar Ygerne, la madre de Arturo. El edificio aparece asentado sobre la roca y está construido con mármol oscuro. Las puertas son de marfil y de ébano con piedras preciosas incrustadas. Un clérigo experto en astronomía encantó la sala del castillo, de suerte que ningún caballero avaro o codicioso puede permanecer en ella. Sus quinientas ventanas abiertas aparecen llenas de damas que se asoman a los bosques y jardines que rodean la fortaleza... Los caballeros llegan a castillos en los que les esperan aventuras sorprendentes como las del castillo de las Barbas, el castillo de los sollozos, el de la Torre de cobre o el de la Pésima aventura, etc. Todos ellos son escenario de combates extraordinarios y de amores apasionados y terribles.

Ahora bien, no se piense que estos castillos maravillosos aparecen sólo en la literatura visionaria, en los relatos de viajes y en los *romans* franceses, en las alegorías amorosas, religiosas o científicas, en los mágicos espacios del otro mundo o de la lejana Asia o en cuentos (como en el extraño castillo que se menciona en la «Historia de Galter» que podemos leer en el *Libro de los gatos*). El castillo es también escenario en el que transcurren episodios de algunos romances. En muy pocos versos el castillo aparece como un lugar maravilloso donde vive la doncella Rosafiorida:

En Castilla está un castillo
el cual dizen Roca Frida:
al castillo llaman Roca,
y a la fuente llaman Frida,
las almenas tiene de oro,
paredes de plata fina;
entre almena y almena
está una piedra zefira:
tanto relumbra de noche
como el sol desque salía.

Los ejemplos podrían multiplicarse.

En el caballeresco siglo XV el castillo pasó a convertirse en el lugar elegido por historiadores

y novelistas como escenario de fiestas, banquetes y torneos. El castillo deja de ser una fortaleza militar y se transforma en lugar cortesano. Las crónicas y biografías y novelas del siglo XV, desde *El Victorial* de Pero Niño a *Tirant lo Blanch* de Martorell, sitúan detrás de sus muros no pocas ceremonias cortesanas. La visita a los salones del castillo de Belmonte o de Manzanares invita a pensar en aquellas suntuosas fiestas.

Tiene razón Ortega y Gasset cuando señala que para un lector moderno el castillo supone la vida como beligerancia pero no es este su único significado en la literatura. Cuando nos adentramos en los textos literarios la fortaleza militar se transforma y sirve para expresar tantas facetas como muestra el alma de los hombres medievales que construyeron los castillos.

Orientación bibliográfica

El lector puede encontrar más información sobre este tema en los siguientes estudios y textos literarios:

ALVAR, Carlos, *El rey Arturo y su mundo*. Madrid, Alianza, 1991. ALFONSO X, *Las Siete Partidas*. Antología preparada por López Estrada. Madrid, Castalia, 1990. CONTAMINE, Philippe, *La guerra en la Edad Media*. Barcelona. Labor, 1984. JUAN MANUEL, *Libro de los Estados*. Ed. de Tate y Macpherson. Madrid, Castalia, 1992. *Libro del caballero Zifar*. Ed. de González Muela. Madrid, Castalia, 1982. MANRIQUE, Jorge, *Poesía*. Ed. de J. Caravaggi. Madrid, Taurus, 1984. OLSCHKI, *Storia letteraria delle scoperte geografiche*. Florencia, 1937. PATCH, H.R., *El otro mundo en la literatura medieval*. Barcelona, Fondo de Cultura Económica, 1956. VEGA, Carlos, *Hagiografía y Literatura. La vida de San Amaro*. Madrid, El Crotalón, 1987.